

petada, llevaría sobre su envejecido rostro el reflejo de la gloria, lo mismo que en su corazón, siempre joven.

Los gruesos granos de arena crugieron bajo los pasos de alguien, y su nombre pronunciado en voz baja la hizo estremecer.

—¡Qué hermosa eres, Albina; no te muevas!

Félix la contemplaba desde el jardín, á pocos pasos de distancia. Ella se ruborizó cual si hubiese caído en falta.

—Estaba esperándote —dijo, también muy en voz baja.

El chalet dormía; sólo las rosas, cual grandes ojos abiertos, les miraban.

—¿No estabas triste? di, amor mío.

—No. Alguien ha cantado la *Adorada*, allá lejos, y he estado escuchando... Estaba contigo mientras te hallabas ausente.

Se había inclinado sobre la barandilla y le miraba con ojos llenos de inefable ternura. Félix arrancó una rama de rosas y se la tiró; las flores quedaron enganchadas entre los hierros del balcón; Albina las cogió y aspiró con deleite su perfume.

—¡No puedes figurarte cuán linda estás! —continuó Félix.—Pareces una aparición fantástica de rara belleza.

«De repente su sombrero vino á caer al lado de Albina como un sombrero pajarraco.

—¿Qué haces? —preguntó la joven.

—Tregar, para llegar hasta ti por el balcón, según conviene á los que se aman.

—Ten cuidado de no pincharte con los rosales —le dijo Albina algo inquieta por ésta resolución, pero muy satisfecha en el fondo.

Ligero y fuerte, Félix terminó su ascensión, y, sin preocuparse de las conveniencias, tomó á su mujer en los brazos.

—¡Ay, Félix, si nos vieran!

—¡Bah! ¿quién quieres que nos vea á estas horas?

Albina no pensó ya en preguntarle dónde había pasado el rato.

V.

Al día siguiente, en el almuerzo, Armor anunció su plan de hacer, en compañía de Albina, una excursión por la costa.

—Albina, prepara nuestras maletas; llevaremos los impermeables, y de este modo podremos ir hasta Holanda siguiendo el litoral; pero tranquilícese vd., mamá; —dijo volviéndose á la señora Frédel—no iremos tan lejos.

—¡Qué idea! —exclamó el padre; —apenas habéis llegado y ya vais á partir.

—Soy «un ave de paso» —repuso Armor citando una de sus canciones, —ya se irán ustedes acostumbrando. Pero volveré de buen grado.

Albina sonreía durante este diálogo, pues se hallaba muy lejos de sospechar la verdad. Tal vez hubiera estado menos alegre, sabiendo que su marido, la víspera, en casa de Desroches, había acompañado al piano á la hermosa señora Berrioz, quien había cantado la «Adorada», probándole, cuando menos, que sabía apreciar su talento de compositor. Como la señora Berrioz sólo permanecería allí cuatro, ó cinco días, se había tratado de organizar varias excursiones, en las que Félix debía tomar parte. Por de pronto, deslumbrado por la hermosa voz y acaso por los ojos de la cantante, no había hecho objeción alguna; pero mejor pensado, mientras franqueaba la distancia que mediaba

entre la casa de Desroches y el chalet Frédel, se resolvió á no poner á Albina en contacto con la Berrioz.

Preguntando el por qué, probablemente ne hubiera sabido dar la razón, si bién en el fondo de su alma existía cierta piedad por Albina, que no tenía talla suficiente para luchar con semejante rival.

Armor conocía bien á las mujeres, á ciertas mujeres, al menos, pues de la suya lo ignoraba casi todo; sus conocimientos versaban sobre esa clase especial de mujeres, que se encuentra en lo que se ha dado en llamar mundo artístico.

Lindas á menudo, elegantes casi siempre, atrevidas si faltar á las conveniencias, con cierto tinte de algún arte, pintura ó música, hablan con el aplomo del que tiene profundos conocimientos artísticos; siempre casadas, aunque el marido no esté necesariamente presente, ni siquiera vivo, se las encuentra en salas distinguidas, cuya dueña las recibe con cierta familiaridad, como si antiguas relaciones debieran excusar, ante las demás visitas, la presencia de estas mujeres, no siempre irreprochables.

Y en efecto, son parientas ó antiguas compañeras de colegio las que os demuestran tanto efecto. ¿Cómo deshacerse de ellas sin pasar la plaza de cruel? Por otra parte, ellas se agarran bien, son amables, prestan algunos favores, y os hacen tal cual pequeño obsequio. ¿Qué sería de ellas si dejaran de ser vistas?

Estas mujeres se encuentran en todas partes que tengan ocasión de exhibirse: en los estrenos, en las carreras, donde apuestan discretamente—á veces con fruto—en los bailes, ferias y rifas caritativas; rodeadas por completo de hombres, sobre todo, jóvenes.

A esta especie de mujeres pertenecía la Berrioz, y por esto, Armor, juzgándose más comprometido de lo que quería, tomó el partido de huir prudentemente para evitar una presentación entre ella y Albina, que se haría esperar mucho en casa de Desroches.

Desroches, el autor de la obra cuya partitura estaba encomendada á Félix, era una figura original, uno de esos hombres que conocen á todo el mundo, y todo el mundo los conoce.

De mediana estatura, ojos vivos, sonrisa algo burlona, cabellos grises, bigote negro aún y aspecto esceptico sin excluir la generosidad, tal era Desroches, físicamente considerado.

En lo moral, era todo un poeta. Le gustaba cuanto pudiese proporcionarle un goso ideal ó material: las mujeres lindas, los festines, los caballos, la música y los buenos versos. Cosa rara, nada le hacía sentir la naturaleza, aunque poeta. Cantaba el amor como nadie; y no descubría nada en un paisaje.

—Verde sobre azul—decía con desdén cuando se le interpelaba;— no le querría vd. para forrar una butaca, y sin embargo, le pasma porque hasta en la naturaleza. Habitaba en Etratat durante la estación veraniega, porque había mucha gente. En el fondo, acaso era menos insensible de lo que aparentaba. Según decían, alguien le había sorprendido cierta noche en su jardín mirando las estrellas, pero él jamás lo había confesado.

Desroches había estado casado y ya no lo estaba. ¿Era viudo, ó su mujer le había abandonado? No se le hablaba de ello nunca, y las opiniones, en este punto, eran contradictorias. Su madre había vivido con él mucho tiempo, lo que le permitió recibir en su casa á los amigos con sus mujeres; cuando aquélla murió, una primavera, él había recibido, según costumbre, en el invierno próximo, y las visitas habían vuelto sin profundizar la cuestión de conveniencias.

Recibía á hombres de las más diversas clases sociales; allí se encontraban miembros de familias que habían reinado tiempos atrás en Francia, revolucionarios furibundos, ya que no convencidos, literatos y pintores; se cultivaba sobre todo la música, pues Desroches había escrito los libre-

os de las óperas representadas desde hacia veinte años. Los artistas jóvenes llevaban de buen grado á sus mujeres, que eran tratadas por Desroches con una galantería cortés y muy delicada, pues empleando las formas del respeto más perfecto, evitaba ese aire patèrnal que permite la familiaridad.

En Etratrat era su casa el punto de reuni3n, lo más á menudo, con objeto de dar veladas musicales, y ni un ejecutante, ni una cantante, habian pasado por allí sin entrar en la pieza, que servia á la vez de salón, de estudio de sala de fumar y de billar. Los que allí entraban, no siempre volvian, pues, á menos de ser amigos de la casa, no eran invitados más que por una sola vez. Desroches declaraba que esta era la mejor manera de librarse de los importunos. Armor estaba, pues, casi seguro de no encontrar, á su vuelta, á Berrioz en esta casa, á donde Albina le acompañaba con gusto.

Cuando Albina y Félix volvieron, la Berrioz habia ya, en efecto, salido de Etratrat; los recién casados continuaron su vida como de ordinario, y este pequeño incidente pareció no dejar huella alguna.



VI

Habian pasado veinte meses; Albina no era mujer recién casada, sino una mujer en la plenitud de su distinguida hermosura. El invierno, que entonces comenzaba, se ofrecia lleno de felices promesas para los jóvenes esposos; la partitura de Armor, después de haber sufrido las inevitables oscilaciones de toda obra dramática, iba á ser por fin representada, y en los últimos días de Mayo esperaba Albina el nacimiento de su primer hijo.

Los ensayos de la *Reina Aurora* habian comenzado y marchaban muy bien; sólo el tercer acto inquietaba al autor.

—Hay algo que me fastidia—decia á Desroches—y es el aire del tenor, después de su matrimonio; no acaba de gustarme ... Desearia otra cosa ... Una melodía más apasionada, más ... ¿No podrías componer otras frases?

—¡Ah! querido mío, esas ú otras, es lo mismo, si tú no puedes hacerme otra música. Ponte en el caso de ese muchacho: se ha casado la víspera con la mujer que adora ... ¡Qué diablo, tú has pasado por ello! A ti te corresponde buscar lo que falta. Yo ya soy un viejo, tú en cambio eres joven.

Desroches se reía y miraba á Albina, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa algo amarga. Tenia miedo de estas alusiones á su dicha; le parecian una profanación; en ciertos

momentos hubiera deseado estar casada desde hace veinte años, para que nadie se acordase.

Los inconvenientes de la gloria le parecían ahora casi más evidentes que las ventajas; la campanilla agitada incessantemente, las actrices que venía á solicitar un papel ó modificaciones del que desempeñaban ...

¡Oh! esas mujeres tan compuestas que venían antes del almuerzo, y permanecían dos horas en el salón, retardando la comida y dejando una tal persistencia de fuertes perfumes, que era preciso abrir las ventanas antes de sentarse á la mesa, se le hacían insoportables. Tenía muchas ganas de ver representar la *Reina Aurora*, pero acaso tenía más de que todo esto concluyera para volver de nuevo á su vida ordinaria.

Se acordó, por fin, que Armor diese en casa de Desroches, una audición del tercer acto de su ópera cómica, con objeto de zanjar la cuestión del tenor. Félix quería quedar tranquilo sobre este punto. Si el aria actual podía servir, no había más que hablar.

Fué una reunión muy interesante; era preciso un público bastante considerable, pues la opinión de una docena de amigos íntimos, no podía prevalecer. Se invitaron al efecto unas cincuenta personas, y éstas solicitaron invitaciones para otras tantas; cuando los artistas fueron á casa de Desroches, el vasto salón estaba literalmente ocupado.

Armor tocaba el piano. Albina hizo colocar una silla junto á la puerta que comunicaba con el resto de la habitación; temiendo las miradas, trataba de evitarlas. La acompañó su madre, y algunos amigos en pie le servían á modo de pantalla contra la curiosidad.

El preludio del tercer acto y el primer trozo fueron muy bien acogidos; un coro de mujeres, que venía después, alcanzó un éxito prodigioso. Albina escuchaba con las manos cruzadas, en esa posición característica de las mujeres que están próximas á ser madres.

Conocía aquellos trozos: cien veces los había oído to-

car ó cantar á Félix ó á sus intérpretes; pero en aquel salón, ante un público escogido, la música adquiría un no sé qué de misteriosa novedad; era bello, conmovedor el observar las impresiones de aquellos semblantes inteligentes, ansiosos de experimentar nuevas emociones.

Por fin, Lorty entonó el aria de que Félix no estaba contento. Era éste un cantor consumado, un hombre cuyo talento y cuyo gusto artístico marchaban á la par. Cantó lo mejor que pudo, procurando comunicar al auditorio un entusiasmo que en realidad él no sentía.

A medida que avanzaba el canto, muestras de indiferencia ó de cortés fastidio reemplazaban en aquellos semblantes á las primeras señales de profunda atención; algunas mujeres cambiaron varias palabras en voz baja, cubiéndose el rostro con sus abanicos: algunos hombres que se mantenían en pie se recostaron contra la pared con aire resignado. Albina sintió helársele el corazón; en vano trataba de engañarse á sí misma: era un fracaso.

Terminada el aria, los aplausos resonaron, sin embargo. ¿No se aplaude siempre en un salón, á pesar del íntimo descontento de cada cual? Por lo demás, el tenor merecía toda clase de elogios, tanto por su mérito personal, como por la manera con que había defendido la obra del compositor, que era también su amigo. Armor, subyugado por la música, engañado por su excitación nerviosa, acaso también queriéndose hacer ilusiones, parecía no observar las impresiones del auditorio. El dúo que siguió era una de las páginas más bellas que había escrito en su vida; como venía después de un trozo mediano, el éxito fué asombroso. Albina, que no escuchaba ya la música, ocupada únicamente en seguir la expresión de las fisonomías, sintió conmoverse todo su sér. La corriente magnética se había restablecido entre el público y el compositor; el fin de la audición fué un triunfo.

Cuando el murmullo se calmó un poco, mientras las señoras se dejaban conducir al *buffet*, Armor, rodeado de

sus mejores amigos, les suplicó que le dijese francamente su opinión. Albina, permaneciendo en su puesto, escuchaba la conversación llena de ansiedad.

—Sois muy galantes—esclamó Félix con impaciencia, y os doy las gracias;—pero el aria del tenor, veamos, hablad francamente... ¿puede pasar?

Un abrumador silencio sucedió á esta pregunta; cada cual esperaba que otro hablase, y ninguno queria expresar su pensamiento.

—Está juzgado— exclamó Desroches.—¿Lo ves, querido mfo? desde el momento que nada se dice, es que no agrada. Voy, según creo, á expresar la opinión de todo el mundo. En una obra ordinaria, esta aria sentaria muy bien; hay más de ciento, en el repertorio moderno, que no se la merecen. Pero para una obra de primer orden como la *Reina Aurora*, no está á la altura que debe, no, en verdad.

—¡Es cierto!— balbuceó tímidamente una voz.

Los demás callaban: nadie se da prisa á crearse un enemigo; ¿y quién no tiene presente la historia del arzobispo de Granada?

—¡Ya lo sé!—dijo Armor—apretando ligeramente los dientes.

Se acercó al piano, nervioso, atormentado, humillado, y, sin embargo, sabiendo que esta humillación se la debía á sí mismo. Albina le miraba con el corazón oprimido, sufriendo aun más que él.

—¡Es preciso otra cosa!— continuó Armor á media voz; (el grupo de amigos le había seguido, reforzado por varios artistas que habían entrado en el salón)—¡Es preciso!... ¡Yo bien lo sé!... ¡Pero jamás he podido componer dos veces seguidas la música de una misma situación!

—¿Cómo de una misma situación?—dijo Desroches.

—Félix continuó, encendido el rostro por cierta cólera interior.

—¡Bien sé lo que digo!... ¡El aria que hace falta, he-la aquí!

Se sentó bruscamente al piano, y... Albina cerró los ojos con una emoción á la vez deliciosa y en alto grado mortificadora.... Félix acababa de entonar el CANTO DE BODAS.

Desde las primeras notas, todo el mundo acudió presuroso, y Lorty el primero; los concurrentes se hallaban esparcidos en pie, y al entrar se empujaban ligeramente unos á otros á fin de aproximarse; las sillas diseminadas en desorden se oponían á que la gente penetrara demasiado, y el respeto hacia esta maravillosa música era tan grande, que nadie osaba removerlas de su sitio; hubo quien por abrir paso levantó una silla próxima á caer, conservándola en alto hasta la terminación de la primera estrofa. Armor estaba tan hermoso, que las mujeres más le miraban que le oían. Pálido, la brilladora mirada perdida en esa sombra misteriosa adonde miran los que cantan con el alma, su patético rostro realzado por la blancura de la pechera y lo negro del traje, cantaba, no ya como otras veces para su mujer, sino para todo un pueblo... ¿quién sabe? ¡caso para la posteridad! No era ya un epitalamio, era la marcha triunfal de un joven conquistador.

Cuando concluyó, mientras que el eco de su voz vibraba todavía bajo el alto techo, gritos de entusiasmo estallaron por todas partes; se empujaban queriendo entrar á la fuerza, y el piano se vió rodeado por una masa compacta de personas, cuyos ajados trajes revelaban, no menos que sus ojos embriagados por la pasión del arte, el afán con que se habían apresurado á escuchar aquel divino canto.

—¡Más, más!...—gritaban todos. Desroches asió á Félix por la solapa del frac, sacudiéndole maquinalmente.

—¡Esa es una obra de arte! ¡Qué palabras tan en carácter! ¡Muy superiores á las mías! ¿Quién te lo ha compuesto?

—Yo—respondió Armor con orgullo.

Los aplausos comenzaron de nuevo, más frenéticos si cabe. Era uno de esos entusiasmos que no estallan más que entre artistas ó gentes de un gusto refinado. Diríase que

una especie de locura se apoderó en aquel instante del público.

—¡Bravo!—gritó una voz de mujer sonora y metálica cuando la calma comenzaba á restablecerse.

Félix dió principio á la segunda estrofa; su voz había tomado una sonoridad y una ternura peregrinas; todo su ser se agigantaba en medio de este maravilloso triunfo. ¿Era la alegría de ver á su marido tan frenéticamente aclamado, ó bien la tristeza de ver profanado ese canto hecho para ella sola, nacido al calor de la embriaguez que su amor había producido en su esposo, y cuyo secreto quiso guardar? Lo cierto es que Albina sufría como si hubiera perdido parte de su pudor, violentamente arrancado; escuchaba sin embargo, impregnada de tantos sentimientos confusos que no podía analizar, y se creyó transportada por esta música divina á un mundo en que todo era más grande y más hermoso que sobre la tierra: todo, hasta el dolor.

—¿Qué es eso?—preguntó Desroches jadeante.

—Mi *Canto de Bodas*—respondió el joven compositor.

—¡Y nos habías ocultado una maravilla como ésa!

—Pertenece á mi mujer y queremos guardarla para nosotros....—dijo Félix como presa de un remordimiento.

Volvió la cabeza hacia el sitio que ocupaba Albina; todas las miradas siguieron la suya..... Ella ya no estaba allí.

—No tienes derecho para ocultar una obra maestra—exclamó con tono doctoral Desroches;—y además, es precisamente lo que hace falta á tu ópera. Luego..... es cosa convenida.

—¿Lo elevará usted un poco para mí?—dijo Lorty sonriendo.—¡No creo haber cantado nunca nada tan bello!

Deslumbrado Félix, se dejó llevar por la corriente. Jamás había alcanzado semejante ovación. Bebió hasta la embriaguez del néctar del éxito, hecho para desvanecer las almas juveniles, según dice un sabio.

Saliendo de entre la multitud, la señora de Berrioz llegó hasta él tendiéndole la mano con ojos siempre sonrientes.

—Ha faltado usted á la palabra de acompañarnos—dijo sonriendo—pero no soy rencorosa. Ved, antes bien, había suplicado á Desroches que me invitase para esta noche.

Félix estrechó esta mano con las demás, sin parar en ello demasiado su atención; en esta hora dichosa, embriagadora, se sentía dueño del universo, y se creía obligado á mostrarse como príncipe.

La concurrencia se despedía; buscó á su mujer, que se hallaba en una habitación retirada con la señora Frédel, la cual no había dicho gran cosa.

—¿Estás cansada?—dijo Félix con cierta compunción.

—No, no mucho. ¿Podemos marchar?

—Sí, ciertamente.

Albina abrazó á su madre.

—Saludarás á papá en mi nombre, ¿no es verdad?

Al bajar la escalera, dijo Armor á su mujer:

—¿Estás contenta?

Albina le miró cara á cara; la luz del gas alumbraba de lleno su precioso rostro, algo adelgazado, donde brillaban dos ojos llenos de honor y de verdad.

—¡Que si estoy contenta? ¡Sí!—repuso con firmeza. Armor no dudó lo que había costado aquel «si»



VII

Ha llegado el día solemne, el día de la representación. El reloj marca las once y media. En este momento, Lorty acaba el *Canto de Bodas* en medio de atronadores vítores; después el dúo, luego el final, y Lorty revelará al público los nombres de los dos amigos, Desroches y Armor. ¿Pero, quién piensa en Desroches? Su antigua reputación de poeta ¿no está completamente eclipsada por el esplendor de este astro naciente que se llama Armor? Albina, cómodamente recostada sobre su asiento, muy debilitada, percibe con vaguedad todas estas cosas entre el tic tac, medio ahogado del reloj, y el ruido de los chispeantes tizones de la chimenea; en esta fría noche de últimos de Marzo, no ha querido asistir á la representación; ¡su corazón, de un tiempo á esta parte late con tal violencia, siente tan débil la vida del nuevo sér que lleva en sus entrañas! Tuvo miedo de ver estallar su corazón, ó de que se rompiese el hilo que une la existencia del hijo á la de la madre. Ha rehusado la compañía de la señora Frédel, obligándola á que acompañase á su esposo en este glorioso estreno.

¿El éxito? Nadie lo duda. Armor es de los elegidos, uno de esos felices mortales á quienes todo sonríe, que son célebres, por decirlo así, antes de haber producido nada, cuyo nombre está en todas las bocas y resuena en todos los oídos. Lo difícil luego, es conservar honrosamente tal reputación. Pero en este momento, ni Félix ni su mujer se preocupan

del porvenir. Les basta el presente para ocupar su pensamiento.

La habitación estaba tranquila; aquella habitación alta de techo y espaciosa donde los cortinajes caen á lo largo de las ventanas formando majestuosos pliegues. La entabladura blanca, adornada con dorados relieves, despide alegres fulgores durante el día; por la noche, al resplandor de una lámpara, parece alargarse, abriéndose en un cielo indefinido donde Albina no está segura de ver brillar las estrellas. En aquella cámara nupcial, donde jamás el rodar de un coche hizo retemblar los cristales de una araña ó las arandelas sobre el metal de un candelabro, Albina, en su delirio, ve agitarse los robustos miembros de un niño.

El invierno próximo no estará sola: tendrá junto á sí la cuna, blanca todavía y que bien pronto se adornará con cintas rosa ó azul, que han de saludar la llegada de la niña ó del niño. Tendrá, durante las tardes de invierno, esa dulce compañía de la infancia, tan absorbente, tan despota, que no tolera ni distracciones ni desfallecimientos. ¡Oh! no, ella no encontrará entonces demasiado grande la habitación, como esta noche.

Albina pasó mucho tiempo sola en este invierno. ¡Estaba Félix tan absorto con sus ensayos! Sin embargo, no se ensaya de noche, y á no ser por las visitas de su madre, hubiera pasado también sola la mayor parte de las noches. Pero hay que frecuentar la sociedad, dejarse ver, hacer que los amigos se ocupen de uno, disponer la crítica, conquistar la prensa. . . Es preciso que el nombre del compositor aparezca con frecuencia en los periódicos; y ¿cómo conseguirlo, no siendo muy galante con aquellos de quienes tales cosas dependen?

Albina era muy razonable, y haciéndose cargo de ello, jamás dejó escapar de sus labios una queja; pero ahora sabe, ó cree saber, cuántos sinsabores tiene la vida de la mujer de un compositor.

Antes de haber renunciado á frecuentar la sociedad

con Félix, pudo apercibirse de la política indiferencia con que la mayor parte de las señoras la acogían, mientras que se apresuraban á rodear á su marido. ¿Qué era ella? Una mujer linda, amable y rica, lo cual ciertamente, no es de desdeñar en una sociedad en que todos esperan ir mucho los unos á casa de los otros; pero ella no era más que una mujer, mientras su marido, no sólo era hombre, sino el hombre de moda.

Casada con otro cualquiera, Albina hubiese atraído sobre sí la atención á causa de su hermosura: el esplendor de la gloria de su esposo la arrojaba en la obscura zona que se ve alrededor de los puntos luminosos. Nunca había tenido demasiada afición á los éxitos de sociedad; pero á veces se decía que, á no ser por la dicha que daba á Félix en la vida íntima, hubiera sido la quinta rueda de su carroza triunfal.

—Todo se arreglará—le decía su madre, que adivinaba sus pensamientos íntimos.

Apenas hablaban, durante las largas visitas que se hacían. Mutuamente ocupadas en alguna obra de aguja, por lo común, alguna pieza perteneciente á la canastilla del esperado infante, gozaban en silencio de la satisfacción de estar juntas. Rara vez era Félix el objeto de sus conversaciones; fiel á los primeros sentimientos de su vida de mujer, Albina guardaba para sí las impresiones de su alma, amaba demasiado á Félix para hablar de él. Pero la madre, cuya ternura reforzaba la penetración, no perdía ni uno de los matices de su vida común, al punto que hubiera podido decir, sin equivocarse, cuál día había estado Armor de mal temple, y cuál otro había reanimado con su alegría el interior, algo sombrío en invierno, de la casa de la isla de San Luis. En los ojos de su hija, en el tono de la voz y en la sonrisa, conocía si el cielo de los recién casados había estado gris ó azul, después de su última entrevista.

—Todo se arreglará—decía la Sra. Frédel, sin que Albina le preguntase á qué respondían estas palabras de consuelo.

Lo que se arreglaría eran los pequeños disgustos, los múltiples choques de la vida en común, exagerados por la nerviosa susceptibilidad de artista que poseía Armor. Sin duda eso se arreglaría. Y luego, cuando el niño hubiese nacido, multitud de cosas que antes atormentaban á Albina, ni siquiera la preocuparían.

El reloj había dado las doce, luego la media... Albina, muy fatigada intentó levantarse de su asiento; pero el esfuerzo era demasiado violento para ella. ¿Llamaría á su doncella? Sin duda esto era fácil; pero hacia dos horas que la había despedido, diciéndole que nada necesitaba. Se acomodó lo mejor que pudo en el sillón, resignándose á esperar.

¿Qué habría experimentado el público oyendo el *Canto de Bodas*? Albina recordaba sus impresiones del día siguiente á su boda, su despertar, el estremecimiento que había recorrido todo su ser á la voz de su marido, bajo el influjo de sus amorosas palabras.

¡Y todo el mundo lo oía! Los hombres... ¿Qué pensarían los hombres? Se sabía que aquel canto había sido hecho para ella... Cubrió con sus manos el encendido rostro, turbada, avergonzada, y sin embargo, orgullosa. Se había sacrificado el día en que Félix hizo público este misterio de su dicha; había sufrido más de lo que él podría nunca imaginarse; pero esto no tenía ya remedio. ¿A qué pensarlo más? Sólo debía pensar ahora en la gloria de la obra y en el triunfo del autor. ¿No lo hubiera sacrificado todo por dar á su esposo un éxito más brillante! ¿Qué importaba, pues, que el *Canto de Bodas* anduviese desde aquel día de boca en boca? Aquello sería para Armor el himno de su apoteosis.

Un sonido vibrante se escapó del reloj. ¿La una? No; la una y media. Nada tenía de extraño que Albina estuviera tan cansada. Sus ojos no querían cerrarse; en vano lo intentaba, un vago molestar, cierta agonía la retenía despierta á su pesar.

—¡Con tal que nada le haya ocurrido!—pensó.—Han debido cenar en casa de Desroches... ¡Está lejos su casa!

Cada minuto aumentaba su molestar.

—Debo acostarme—se dijo;—no le agradará verme aquí á hora tan avanzada... Debi pensar que cenaría.....

La cena de Félix estaba en el comedor, sobre una mesita fácil de transportar. Ella había hecho preparar algunos manjares frios de los que su marido prefería, una botella de añejo vino y varias frutas raras de aquella estación.

—Debi pensar...—se repitió la joven, como reprendiéndose por su aturdimiento. ¿Acaso un compositor puede ir á cenar la noche de estreno con su mujer?

—¡Oh!—exclamó dolorosamente Albina, despechada por lo que llamaba su necedad.

Hizo un supremo esfuerzo, y se puso en pie. Quería acostarse al punto para no ser sorprendida en este flagrante delito de simpleza. Como sus vacilantes piernas apenas la sostenían, se afianzó al respaldo de una silla, dirigiéndose hacia el hecho.

Tenia que pasar por delante de la puerta del salón, á cuyo opuesto ángulo, en el lejano comedor, apercibió, merced al vago resplandor de la lámpara á media luz, la mesa preparada. Puntos luminosos escapados de la cristalería y de la vajilla, brillaban aquí y allá en la oscura sombra. ¡Qué alto era el techo, qué sombras estaban las paredes, y qué sola Albina!...

Cerró la puerta.

—El invierno próximo—dijo entre dientes—el niño estará ahí... El aislamiento, la idea del abandono, cayeron repentinamente sobre su fingido valor y lo aniquilaron. Un raudal impetuoso de lágrimas brotó de sus ojos con tal fuerza, que caían sobre el peinador. Se sentó en una silla que halló á mano, y medio ahogada por los sollozos, comenzó á llorar en alta voz como una niña. Toda la amargura de los últimos meses, toda la tristeza de su embarazo abandonado por su esposo, le atormentaban á la vez, como si jamás las

hubiese experimentado, sucumbiendo á carga tan pesada para sus débiles fuerzas.

De repente oyó ruido en el recibimiento, se abrió la puerta, y Félix entro en la alcoba.

Albina levantose azorada; pero no sin que él tuviese tiempo de observar su postración.

—¿Qué ocurre?—dijo bruscamente.

—¡Es tan tarde!...

—¿Tarde? ¡Las dos! ¡Un día de estreno! ¡No era cosa de dejar á mis amigos!...

—Temí que te hubiera ocurrido algo,—dijo Albina.

Por un esfuerzo sobrehumano, apareció tranquila.

—¿Y la representación?

—¡Un éxito loco! todo ha marchado perfectamente....

Y el *Canto de Bodas*, ¡ah, el *Canto de Bodas* era cantado en los boulevares á la salida! Felizmente, me he reservado el derecho de propiedad. ¡Nada, una mina de oro!

Estaba febril y hablaba muy de prisa. Su arrugada pechera le daba cierto aire de desaliño que no agradó á Albina.

—No me has abrazado—le dijo con ternura.

Entonces la dió un estrecho abrazo.

—¡Ea!—dijo soltándola.—¿Estás contenta?

Albina experimentada una extraña impresión, cual si el hombre que tenía delante no fuese Armor; tan diferente lo hallaba.

—¿Qué hacías en esta silla?—replicó mirando en derredor, ¿y por qué no te has acostado? Aquí hay una atmósfera muy cargada. Y dirigiéndose hacia la ventana, descorrió los cortinas, la abrió de par en par, respirando con ansia el ambiente helado de la madrugada. Su mujer le miraba.

—¡Ah!—exclamó—esto consuela al menos.

Impresionada por el frío, Albina tosió. Félix cerró la ventana de mal modo, después la puerta, y volvió junto á la chimenea.

De un puntapie esparció los tizones é hizo brotar un resto de llama.

—¡Vamos— dijo— no irias á constiparte por tan poca cosa! ¡Aunque viviendo encerrada como un caracol no es extraño que te resfries por nada!

En su febril actividad se paseaba automáticamente por el salón.

—¿Y los artistas?— preguntó su mujer —siempre con igual dulzura.

—¿Los artistas?— muy bien, Lorty admirablemente. Todo ha marchado á maravilla.

Armor comenzó á desnudarse, sin pensar en Albina.

—¿Por qué no te has acostado? ¿vas á permanecer en pie toda la noche?

—¡Le han embriagado! pensó Albina aterrada.

No en razón á que le temiese, sino ante la idea de que su marido, su ídolo, pudiera haberse dejado arrastrar hasta la embriaguez, sufrió un desencanto espantoso en sus sentimientos de muchacha educada con esmero.

—¿Vienes?— dijo Armor acomodándose en el lecho con cierta expresión beatífica.

—Al instante; pero tengo que arreglar muchas cosas aún; ¡duerme!...

Murmuró dos ó tres palabras; luego, cediendo á la fatiga, quedó dormido.

Albina permaneció inmóvil á los pies de la cama, mirando con los ojos desmesuradamente abiertos, á su marido. Estaba hermoso, pero la expresión de su rostro no era lo que ella había amado en otro tiempo; en el abandono de su casi embriaguez, el aspecto sensual de su fisonomía se acentuaba demasiado.

—¡Esposo mío, mi querido esposo!— dijo á media voz Albina juntando las manos.

Ya no era este el grito de la adoración triunfante, sino el de la más profunda lástima.

Las lágrimas retenidas un tiempo, brotaron con más

uerza; apoyada en los hierros de la cama, le miraba sollozando. Aquella noche llevaba entre sus garras parte de la existencia de Albina, de su dichosa vida algo se había escapado para no volver más, lo comprendía, y por eso lloraba.

Un movimiento sentido en su seno le recordó de pronto todos los goces que aún debía esperar, y todos los deberes que la quedaban por cumplir. ¡Había olvidado al niño, á su compañero, á su amigo, á su hijo, en una palabra! Dió vuelta al lecho, y por el lado [contrario, sin rozar siquiera á Félix que dormía, se acostó bajo el mismo abrigo, y sin embargo, tan lejos de él aquella noche, como si el Océano les separase.



VIII

Albino, Juan, Félix, hijo de Félix Armor, compositor de música, y de Albina Frédel su esposa, dormía en su cuna, coronada por un gran lazo de larga cinta azul. Su estado civil le importaba poco: era un ciudadano del empireo, caído en esta tierra algunas semanas antes de lo que se le esperaba.

La joven madre reposaba también muy tranquila, tanto, que se la hubiera creído dormida, y, en la sombra proyectada por la pantalla, murmuraba muy bajito, sin que el eco traspasara sus entreabiertos labios:

—¡Juanito mío, hermoso de mi vida, hijo mío!

Dejó escapar un débil suspiro. La Sra. Frédel se levantó ligera de la butaca en donde dormitaba, gracias á la calma de aquel cuarto, tan lleno de agitación poco antes.

—¿Quieres algo? preguntó con una voz llena de ternura y de ansiedad.

Albina posó en ella una mirada suplicante, que envolvía terribles cuestiones y mudas agonías; la pobre mujer no pudo menos de estremecerse.

—Quisiera vivir—dijo lentamente Albina—para que mi hijo no quede huérfano.

—¡Y vivirás!—respondió la señora Frédel con acento de profunda convicción. (Quizás era esta la primera vez que mentía en su vida con tanto aplomo)—¡Vivirás ciertamen-

te! Dentro de dos ó tres días estarás buena, el médico lo dice.

Albina, siempre inmóvil, sus manos de cera extendidas sobre la blanca sábana, continuó con la misma voz debilitada, casi imperceptible:

—Si yo no viviera, le llevarías contigo para educarle. ¿No es cierto, mamá, di?

Insistió sobre la palabra *di*; este pequeño esfuerzo la dejó sin habla y sin aliento. Su madre le humedeció la frente con agua de colonia y le hizo respirar un cordial. Albina abrió de nuevo los ojos, y dirigió á su madre la misma suplicante mirada.

—Te lo prometo—dijo sencillamente.—¡Duerme!

Albina cerró los ojos. Sería, en efecto, bien triste dejar la vida en el instante mismo en que un hijo nos une á ella tan fuertemente; pero si mamá tomaba bajo su custodia al niño, el mal no sería muy grande. Un dulce entorpecimiento de sus miembros se apoderaba de ella, y por fin, el sueño bienhechor cortó el hilo de sus reflexiones.

Habiendo salido antes de las diez de la mañana, Armor estaba lejos de suponer lo que había pasado en su casa. Después del medio día fueron á preguntar por él á casa de Desroches, donde debía encontrarse almorzando, según dejó dicho al salir; pero Desroches no le había visto. Demasiado prudente para descubrir á nadie, el poeta dió una explicación cualquiera al criado; y él mismo fué en busca de su colaborador.

Desroches no olvidó jamás aquel día de Abril, pesado y sofocante. Fastidiado desde luego por tener que correr tras el imprudente Armor, que al urdir su escapada olvidó prevenirle el papel que hacía representar, á medida que el día avanzaba ponfase más inquieto y aún furioso. Había ido por todas partes donde creía verosímil encontrar al músico; á medida que se agrandaba el círculo de sus investigaciones, su imaginación sobreexcitada le inspiraba caminos absurdos

y ridículos. Había tropezado con criados burlones y con criadas descaradas.

Por fin, á eso de las seis, después de haber agotado la lista, tanto de los amigos de Armor como de las mujeres en cuyas casas había tenido alguna probabilidad de encontrarle; en el momento que, perplejo, aburrido hasta más no poder, permanecía en la puerta de donde acababa de salir, buscando en su memoria una dirección nueva que dar al cochero, un nombre estalló en su cerebro, como una detonación.

—¡Ah, la buscona!—dijo casi en voz alta.—Y que no haya yo pensado en ella!

Dió las señas de la Sra. Berrioz y montó en el coche.

La Berrioz había salido á las once con un caballero que fué á buscarla.

—Muy bien—dijo Desroches.—Cuando ese señor vuelva, le dará usted esto; ¿sabe usted su nombre?

El portero le miró sin responder, con aire suspicaz.

Desroches sacó de su cartera uno de los sobres que llevaba siempre dispuestos, é introdujo una tarjeta, en la cual acababa de escribir: con lápiz «Desde el mediodía tu mujer está muriéndose.» Miró la hora en su reloj, la escribió exactamente, puso sus iniciales, cerró el sobre y se lo entregó al portero.

—No pone el nombre?—hizo observar aquél.

—Eso no le hace. Es para el caballero de esta mañana, si usted sabe su nombre, póngalo usted mismo. Hé aquí un duro por la comisión. Desroches subió de nuevo al carruaje, se hizo conducir á su casa, y permaneció durante cinco minutos con la cabeza reclinada sobre los almohadones de su diván, preguntándose qué haría; por último, se le ocurrió la idea de enviar á saber de Albina sin presentarse él mismo; y así fué cómo supo el nacimiento de Juan, al propio tiempo que Albina vivía aún, y que Félix no había vuelto.

Cuando Armor saltó del coche para ayudar á bajarse á la Berrioz, estaba en el estado de ánimo en que se encuen-

tra quien ha cometido una sandez. La entrevista de aquella tarde, de la cual se había prometido tantos placeres, no le dió ninguno, después de dos ó tres meses que hubo vencido la débil resistencia de la cantante, pudo asegurarse que ni era buena ni tenía un espíritu elevado. Lo que le había atraído hacia ella, era más bien cierta perversidad culta que una atracción, ni siquiera material. Le hubiera causado asombro oír decir que era él el seducido, y, sin embargo, nada más exacto.

En el misterio de las entrevistas furtivas, en los pocos remordimientos que agitaban el corazón de Armor, infiel por vez primera á la mujer con quien se había casado, existía cierta apariencia de amor, suficiente para que el joven hubiera podido engañarse, con alguna buena voluntad. Pero en el largo día de un almuerzo campestre, la mesa de la posada, la claridad viva del sol á través de las verdes hojas, el grosero mantel, los toscos vasos de vino, todos estos detalles, encantadores cuando se está enamorado, le habían impresionado malamente á causa de su áspera disonancia, con el atavío demasiado charro y los bastos perfumes de la Berrioz.

Allí se le había mostrado tal cual era, llena de afeites, con un cinismo disfrazado de franqueza, con instintos de mujerzuela hipócritamente disfrazada de señora, y el disgusto se apoderó de él antes de que llegase la hora de conducirla á su casa.

Ella también, cansada de su capricho, le halló fatuo con sus cabellos de oro, necio con su presunción de artista, y fastidioso con su eterna preocupación de sí mismo y de su obra. Un día entero, hay que confesarlo, era demasiado. No se deben aventurar tales riesgos.

Estaban, pues, abrumados el uno del otro, cuando Félix recibió de manos del portero el lacónico billete de Desroches.

—Dispéñeme usted—dijo después de haberlo abierto,

en tanto que la sangre se le agolpaba á la cabeza. Negocio urgente.

ó La saludó con el sombrero y subió al carruaje dando un beso al cochero.

—¿Qué hay?—dijo la Berrioz con ademán altivo, juzgando poco política esta manera de despedirse.

—Cuestión de vida ó de muerte—le dijo por la ventanilla en el momento de partir el coche.

Ella le miró alejarse un instante, luego se encogió de hombros y entró en su casa.



IX

Habia bastante distancia desde la avenida de Villiers hasta el fin de la isla de San Luis; otro que Félix, hubiera agotado todos los matices del remordimiento mientras que el carruaje le conducía. El joven compositor sólo experimentaba cólera é impaciencia.

Encontraba estúpido haber elegido para su paseo campestre un momento en que su mujer podía estar en peligro. Se acordaba de que la víspera se hallaba silenciosa y triste; pero habia atribuido su silencio á algún pequeño enojo.

Nadie sabe con qué facilidad se persuade un marido de que su mujer se enoja sin razón, precisamente cuando oculta un pesar profundo y á menudo irremediable. ¡Es tan cómodo achacar á defectos de carácter el dolor de las heridas que uno causa con ligereza, por egoísmo inconsciente!

Albina no era de las que menos número de heridas de esta clase pueden contar; pero nunca mostraba resentimiento. En los primeros tiempos de su matrimonio, cuando Armor habia traspasado el límite que se puede permitir en cuestión de mal humor en la vida ordinaria, volvía en sí, chaceándose un poco para ocultar su embarazo. Acogido siempre con tierna sonrisa y afables palabras, habia concluido por imaginarse que su mujer no paraba mientes en tales pequñeces, y poco á poco habia dejado de disculparse.

—Cada cual tiene sus defectos,—pensaba alentándose en

esta idea;—Albina misma, ¿no tenía los suyos? Tendencia algo romántica, disposición á preocuparse de él, de lo que hacia, de dónde iba, de quién se encontraba.... Félix había querido ver en ello el deseo de mezclarse demasiado en su vida.

Al casarse, amaba con sinceridad y por completo á su mujer; pero nunca se había preguntado si la amaría siempre y si á nadie amaría más que á ella. Semejante pregunta le hubiera parecido enteramente indiscreta: ¿á qué atormentarse por lo venidero, cuando tantas cosas imprevisas, buenas ó malas, vienen á cruzarse en nuestros más firmes propósitos? Armor era de los que viven al día, salvo en aquello que se relacionaba con su obra, por la cual estaba celosamente apasionado.

Volvió, pues, á casa furioso contra todo el mundo, y aun consigo mismo. Si Albina se sentía mal, ¿por qué le había dejado marchar aquella mañana? ¿No podía hablarle francamente y decirle que su presencia era indispensable en la casa? ¿El mal no sobreviene tan repentino! ¿Se había encontrado en peligro su vida en dos horas? ¿Siempre tan disimulada y misteriosa! Había observado en ella más de una vez silencios que no presagiaban nada bueno.... Olvidaba, involuntariamente ó no, la ansiosa pregunta hecha á las nueve y media de la mañana por Albina, acostada aún cuando él había venido á buscar el reloj y el dinero para marcharse.

—¿Es indispensable ese almuerzo, amigo mio? ¿No podrías dejarlo para otro día?

Félix había contestado con dureza algunas palabras que pusieron término á la discusión. Hostigado por el incentivo de la cita, no pudo observar ni el abatimiento de su mujer, ni la manera como le dijo:

—Voy á mandar llamar á mamá.

Antes bien, se alegró pensando en aquella señora Frédel, siempre dispuesta á reemplazarle cuando se ausentaba por el día. ¡Jamás vió suegra tan complaciente! Y se fué en-

cantado, abrazando con ternura á su mujer, pues la amaba tanto, que si hubiera sido necesario volverse á unir á ella, lo habría hecho. ¿Por ventura no fastidian todas las mujeres más ó menos con el tiempo? Albina no le fastidiaba todavía tanto como cualquiera de las mujeres que había conocido. Pudiera decirse que jamás encontró alguna tal dulce é inteligente.

Volvió á casa desatinado, cual si le persiguiese una legión de mosquitos. ¡Con tal que el niño viviera!.....

Otro pensamiento se deslizó en la mente del compositor. ¡Con tal de que todo hubiese terminado sin tener necesidad de presenciar torturas que no había de poder remediar....

Abrió con su llave precipitadamente, cual si fuese un ladrón. Ningún ruido se percibía en la casa, que parecía estar desierta.... Titubeó un momento, antes de pasar en puntillas al salón.... Allí, tampoco nada. Prestó atención hacia la alcoba, y sólo percibió esos ruidos inapreciables que se sienten de noche.

Una sombra pasó delante de él como visión infernal y se le erizaron los cabellos. ¿Se habría muerto sin abrazarle?

Entonces comprendió que amaba sinceramente á aquella mujer con quien se había casado no hacia dos años aún. ¡Qué abismo entre aquella noche de Junio tan embriagadora, y este día de Abril lleno de terror y de silencio!

No pudiendo esperar más, abrió la puerta del cuarto sin hacer ruido, y en la penumbra del dosel vió en su presencia la faz trágica y descolorida de su mujer que tenía los ojos cerrados.

La señora Frédel se levantó bruscamente, mirándole de un modo extraño para él. Más que aquella madre complaciente, parecía un juez inexorable.

Mudo de terror permaneció enclavado junto á la puerta, cuando un vagido ligero, entre conmovedor y cómico,

partió de la cuna en que no había reparado. Al mismo tiempo Albina abrió los ojos y le miró.

Atravesó la habitación sin tropezar en los desarreglados muebles, y se puso de rodillas junto á su mujer murmurando:

¡Perdón!

Albina quiso levantar la mano, pero no pudo. Dulcemente, y con una voz más tenue que un suspiro dijo:

—Bésame.

Félix se levantó y posó en la frente de Albina un respetuoso beso. Ella cerró los ojos y dijo:

—Un niño.

La señora Frédel llamó á Félix la atención tocándole en el brazo, y le indicó la cuna en que su hijo dormía. Su hijo, el pequeñuelo arrugado, rojo ... No era hermoso, pero al cabo era varón.

—Vivirá—dijo en voz baja la señora Frédel.—Los ojos de Armor interrogaron á los de su suegra, expresando las palabras que no se atrevía á pronunciar:

—¿Y ella?

La señora Frédel hizo con gravedad un signo afirmativo. Luego, mirando á su hija que había vuelto á cerrar los ojos con una expresión más dulce y tranquila, dijo á Armor:

—Ven.

La siguió hasta la sala; entornó la puerta, y fijando los ojos en el lecho, que desde allí se veía, habló en voz baja con gravedad, pero sin cólera.

—Está en peligro desde el medio día. Yo estuve presente. Pean y Verneuil la han asistido. Creo que la salvarán. El niño vivirá probablemente. Es de ocho meses poco más ó menos. Los médicos volverán esta noche. Le darán de comer. Sobre todo, ninguna emoción, ni ningún ruido. Mi marido va á venir con la nodriza.

Le hizo otra seña con la cabeza, penetrando en la habitación, cerrando la puerta tras sí. Armor quedó helado de espanto.

¿Era su suegra aquella mujer anciana que le hablaba como á un extraño, y de la cual no reconocía ni el semblante ni la voz, ni los modales? ¿Sería víctima de una monstruosa pesadilla?

La habitación próxima había vuelto á quedar sumida en el más profundo silencio, y sus oídos se llenaban nuevamente de extraños ruidos; las sombras de la noche caían sobre el jardín, oscureciendo los ángulos del salón ...

—¡Qué diablo!—dijo Armor—¡Soy un hombre, veamos!

Hubiera querido que sus pasos resonasen, dar pruebas de existencia, romper algo para oír ruido ...

Sintió deseos vehementísimos de echar á correr huyendo hasta encontrarse con las luces y el tumulto de la población.

Dió un paso más y vió una luz en el comedor, cuya puerta estaba abierta. Penetró allí y miró con asombro á una criada que en aquel momento ponía el cubierto sobre la mesa.

—¿Quién es usted?—le preguntó.

—La doncella de la señora Frédel—respondió la muchacha.—¿No me conoce el señorito?

Félix hizo un signo indefinible con la cabeza.

No reconocía nada, ni aun á sí mismo. Un extraño ruido se percibió en el recibimiento; era el timbre, cubierto con un trapo para disminuir la fuerza de su sonido. La joven corrió á abrir, seguida de Félix.

El señor Frédel entró acompañado de una mujer. Al ver á su yerno le tendió la mano, y Armor, conmovido, se abrazó á él. Verdaderamente tenía necesidad [de dar una muestra de simpatía. Con eso, siquiera podrían explicarse.

Pero el momento oportuno aún no había llegado. El señor Frédel cambió en voz baja algunas palabras con la doncella de Albina, que apareció á la puerta del tocador, y la nodriza entró por fin en aquella pieza para no volver á salir. Pasado un largo rato la doméstica apareció de nuevo diciendo:

— La señora cree que todo irá bien, y me encarga le dé á usted las gracias.

Frédel se dirigió hacia su yerno, y resumiendo todo su pensamiento, dijo:

— No habrá sido sin trabajo. ¡siempre! ... ¿Y dónde estabas tú, que acabas de llegar, según me han dicho?

Habían entrado en el comedor, adonde el criado trafa la humeante sopera.

En aquella tibia atmósfera, en medio del ordinario bienestar, Armor se repuso é hizo los honores de la casa.

Después de librarse de toda sorpresa mediante la prudente pregunta: ¿No le ha dicho á usted nada Desroches? inventó sin demora una historia bastante plausible.

Lorty estaba mal de la garganta—lo cual era verdad—se temía tener que interrumpir las representaciones de la *Reina Aurora*. En el boulevard había encontrado á un amigo que le habló de un tenor notable, aunque solamente conocido en provincias; se puso en su busca yendo á Maison-Laffitte, donde perdió el día buscando unas señas inseguras ... ¡Qué desgracia en tal circunstancia!

El señor Frédéel escuchaba distraído, como hombre preocupado, mas Félix pudo comprender que la historia no le parecía inverosímil, y que su preocupación reconocía otra causa. Por sacarle de ella le interrogó á su vez, y se hizo contar todos los detalles de aquel terrible día. ¡Albina era bien constituida, no había ninguna lesión grave que temer, pero estaba tan débil y había sufrido tanto! Su vida pendía de un hilo.

— Ha sido también una verdadera desgracia, que no se te haya pedido encontrar! Hasta las dos no ha cesado de preguntar por tí, diciendo: «¿Y mi marido?» con una voz que nos partía el corazón. Después no ha preguntado ya nada... estaba como muerta. El pequeño ha nacido á las cuatro.

Armor escuchaba: las dos, las cuatro... Precisamente cuando se paseaba á orillas del Sena con aquella mujer lla-

mativa, escuálida, casi perversa, cuyas miras estrechas y personalísimas no podían menos de irritarle, pues aunque egoísta, detestaba á los que lo eran. Y fué por estar con aquella criatura por lo que había dejado que Albina estuviese llamándole dos horas... «Después no ha preguntado ya nada...» Pero sentía, pensaba. ¿Qué habría pensado de él? ¡Oh, cuánto hubiese deseado poder ir á pedirle perdón, á escucharle que le amaba siempre, que no le guardaba rencor.

Los dos hombres habían quedado silenciosos, uno frente á otro, absortos en sus meditaciones. Félix deseaba alguna distracción: aquel silencio y aquella inmovilidad le pesaban cual montañas, y sin embargo, por nada del mundo hubiera propuesto á su suegro que pasase al salón.

Los médicos llegaron por fin; penetraron en el cuarto de Albina con impenetrable aspecto, y sólo permanecieron un instante. Su opinión era tranquilizadora, salvo la terrible debilidad, contra la cual apenas podían hacer otra cosa que ayudar á la naturaleza, si es que ésta quería poner algo de su parte.

— Conozco eso—dijo entre dientes Frédéel, cuando la puerta se cerró tras de aquellos;—esperar y tener paciencia, tener paciencia y esperar... y decir que ni con dinero ni con trabajo... Volvió las bocamangas de su levita extendiendo las manos con un antiguo gesto de obrero, y masculló un juramento. Luego dirigiéndose á Armor:

— Quisiera uno romper algo en su satánica rutina á ver si después esto iba mejor... Hacer sufrir á las mujeres, ¡hermosa invención! ¡Qué ruin es la naturaleza!

Miró á Félix con aire de reto, y viendo en su semblante que éste no tenía ganas de contradecirle, le apretó las manos casi triturándoselas, mientras decía:

— ¡Pobre chica!